

it you Deep Long ant gut it you Dee
llow ant does meant ant gut it you Dee
meow ant nurture makes allow ant do
on doses than Stomach from more meow ant
from dose Basically lowest meow doses the
- all the is frames makes best from dose Ba
Stomach from ipsum dolor sit page all the fr
it you Deep Long ant Gut Stomach dose
allow does meant ant gut it you Dee
meow ant nurture makes ant allow does
doses than Stomach from more meow ant
on doses Basically lowest meow doses than
- all the frames makes best from doses Basic
Stomach from ipsum dolor sit page all the fr
it you Deep Long ant Gut Stomach dose
allow does meant ant gut it you Dee
meow ant nurture makes allow ant do
on doses than Stomach from more meow ant
from dose Basically lowest meow doses the
- all the is frames makes best from dose Ba
Stomach from ipsum dolor sit page all the is
it you Deep Long ant Gut Stomach dose
allow does meant ant gut it you Dee
meow ant nurture makes ant allow does
doses than Stomach from more meow ant
on doses Basically lowest meow doses than
- all the frames makes best from doses Basic

LA PLUMA DE SAMARCANDA

David Orejana

Ilustrado por Alberto Sastre



DiQueSi



© Ediciones DIQUESÍ
© del autor: David Orejana
Ilustraciones: Alberto Sastre
Edición y dirección editorial: María J. Gómez
Diseño y revisión: Estelle Talavera

novedad@edicionesdiquesi.com
www.edicionesdiquesi.com
ISBN: 978-84-125013-5-3
Depósito Legal: M-9385-2023
© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid 2023
Impreso en España por Estiló Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

LA PLUMA DE SAMARCANDA



1

EL CUARTO DE LAS MÁSCARAS





HUGO ERA UN NIÑO NORMAL y corriente: le gustaba jugar al fútbol, le gustaba el chocolate, le gustaba ver la tele y le gustaba dormir tanto como pudiese. Así que se podría decir que Hugo era un niño normal y corriente.

Por otro lado, la familia de Hugo era casi normal. Su padre trabajaba en una oficina y desayunaba café y tostadas; su madre trabajaba en un banco y desayunaba yogur y fruta; su hermana mayor se dedicaba a maquillarse durante horas y desayunaba los mensajes de su teléfono móvil, y su abuela no trabajaba en nada y no le gustaba desayunar.

La madre de Hugo le decía a su abuela lo mismo que le decía a él, que tenía que comer algo por la mañana para tener fuerzas durante el día, pero a la abuela

aquellas razones le entraban por un oído y le salían por el otro.

Un día, Hugo se armó de valor y decidió aplicar la táctica que a su abuela le servía para ayunar todas las mañanas, pero a su madre le bastó con cruzarse de brazos y arrugar la frente para que Hugo se sentase ante su tazón de leche con cacao y agachase la cabeza, sumiso.

La abuela de Hugo era un personaje curioso, de eso no cabía duda, pero no es por ella por lo que hemos dicho que su familia era «casi» normal. El «casi» venía por su tía, la tía Lola.

La tía Lola era viuda y no tenía hijos. Hugo sabía que eso quería decir que su marido, a quien todos llamaban el tío Paco con cierto tonillo reverente, se había muerto. Eso había pasado hacía mucho tiempo, Hugo creía que antes de que él hubiese llegado al mundo, es decir, hacía por lo menos nueve años, una eternidad. Pero eso no quería decir que el tío Paco se hubiese desvanecido para siempre, ¡qué va! El tío Paco estaba muy presente en aquella familia, porque la tía Lola lo había hecho incinerar y había guardado sus cenizas en una pequeña urna de metal que había encerrado en un cajón. Hugo se preguntaba para qué había conservado las cenizas si luego las guardaba en-

tre trapos y pañuelos. Pero no se atrevía a formular sus dudas en alto.

Las rarezas de la tía Lola no se limitaban a lo de las cenizas, ni mucho menos. Para empezar, se teñía el pelo de color rosa. También practicaba el taichí por las mañanas, en el jardín de su casa. Hugo la había visto más de una vez hacer eso del taichí. A él le parecía que era como imitar los movimientos de un robot, pero a cámara lenta.

Y luego estaba lo del cuarto de las máscaras.

Hugo lo llamaba «el cuarto de las máscaras» porque había unos rostros feos y siniestros tallados en madera que le observaban enojados desde la pared. Tenían los ojos muy grandes y la boca abierta, como si gritasen o riesen. A Hugo le daban un poco de miedo, pero nunca lo habría reconocido públicamente, y menos ante su tía Lola. Allí dentro había demasiados tesoros como para cerrarse él mismo el acceso a semejante lugar.

¿Y si ella dejase de acompañarle al interior del cuarto de las máscaras por evitarle el mal rato que pasaba al ver aquellas caras inquietantes?

El cuarto de las máscaras era una habitación sin ventanas que la tía Lola siempre cerraba con llave. Una vez, Hugo le había preguntado a su tía por qué tenía

la manía de echar el cerrojo cada vez que salía de aquel cuarto, y ella le contestó:

—Es para que no se escapen los espíritus.

Después de pronunciar esas palabras toda seria, la tía Lola soltó una carcajada y le confesó a Hugo que era broma, que en realidad lo que intentaba era evitar que Tamerlán se colase dentro y le mordisquease sus cosas.

Tamerlán era el gato negro de la tía Lola, un desvergonzado granuja que iba y venía por la casa a sus anchas y que miraba a Hugo con recelo cada vez que se cruzaba con él.

Pese al tono tranquilizador que había empleado la tía Lola, a Hugo se le quedó grabado a fuego lo de los espíritus. Estaba claro que, por más lista y viajera que fuese la tía Lola, no tenía la menor consideración por las susceptibilidades del pequeño Hugo.

En el cuarto de las máscaras había también otros objetos extraños, todos traídos de los remotos lugares a los que su tía viajaba. En el suelo había una alfombra persa muy bonita. La tía Lola decía que, en otros tiempos, había sido una alfombra voladora, pero que fuera de su región de origen no le daba la gana echarse a volar. También había cuencos de colores y formas variadas, papiros egipcios, esculturas con formas de lagarto



y candelabros que imitaban a dioses de cuatro brazos y muchas cosas más. A Hugo le gustaba que su tía se sentase en el sillón de madera que había en un rincón del cuarto y cogiese alguno de esos objetos entre sus manos, porque a continuación siempre le relataba algún cuento o leyenda que había aprendido en otras tierras, y Hugo disfrutaba con esas historias sentado en el suelo, entre almohadones. Si cerraba los ojos y se metía dentro de la narración, era como viajar en el tiempo y teletransportarse a otro lugar.

Un día, Hugo acompañó a su madre a la casa de la tía Lola, que se encontraba de viaje, como casi siempre. Y, en esos casos, la madre de Hugo solía acercarse para airear la casa y dar de comer a Tamerlán. Mientras su madre iba de un lado a otro de la casa y limpiaba por aquí y por allí, Hugo se sorprendió al ver que la puerta del cuarto de las máscaras no estaba cerrada con llave. Con sigilo, la abrió lentamente, hasta ver las máscaras de madera que lo observaban con cierto enojo, como si les pareciese mal que se atreviera a entrar allí por su cuenta. Por si eso no fuese suficiente, Tamerlán empezó a arañarle los zapatos y a emitir unos maullidos inquietantes. Aquel insolente felino parecía darse cuenta de cuáles eran sus intenciones.

Pero Hugo no se dejó amedrentar, y en un arrebato de atrevimiento, le soltó un empujón al gato, que pegó un brinco tremendo y, tras emitir un maullido iracundo, decidió largarse de allí. Así que Hugo se coló en el cuarto de las máscaras y se quedó un rato, fisgando entre las cosas de su tía.

Le llamó la atención una cajita alargada, de madera oscura, que tenía tallada en la tapa la figura de un pájaro. Dentro había un pequeño tintero y una pluma. La pluma era de verdad, como las de los pájaros. Era larga, de color marrón y con rayas blancas. Tenía un extremo afilado y manchado de negro, que era el que se humedecía con la tinta. Hugo recordó haber visto a su tía usarla alguna vez. Ella le había dicho que procedía de un lugar muy lejano que se llamaba Samarcanda. Hugo lo buscó en un atlas y vio que aquella ciudad estaba en mitad de Asia, lejos de cualquier sitio conocido.

«¿Cómo se habrá hecho con ella?», se preguntó.

A la tía Lola le gustaba escribir con aquella pluma, pero a Hugo nunca le enseñaba lo que escribía. Guardaba todo en un cajón del escritorio: la pluma, la tinta y las hojas con sus escritos, y hacía oídos sordos si alguien le preguntaba al respecto.

Hugo no se lo dijo a su tía, pero desde hacía algún tiempo él también había comenzado a escribir: un diario. En realidad, era un bloc de notas que su padre se dejó olvidado por la casa y del que él se apoderó sin decir nada a nadie. Tenía unas pastas duras de color negro y las hojas eran gruesas y amarillentas.

Era perfecto, en opinión de Hugo.

—¿Dónde estás? —oyó la voz de su madre llamándole desde el otro extremo de la casa.

Así que Hugo se escabulló del cuarto con el mismo cuidado con el que había entrado, cerró la puerta y se marchó a casa con su madre.

Pero en el bolsillo de su abrigo llevaba algo que no tenía a la ida: la cajita de madera con la pluma de Samarcanda y el tintero dentro.

Si Hugo hubiese sabido entonces los problemas en los que estaba a punto de meterse por culpa de aquel extravagante objeto, con toda seguridad lo habría dejado en su sitio y se hubiese conformado con sacarle la lengua a las feas máscaras africanas, que no le quitaron el ojo de encima en ningún momento.



2

EL DIARIO DE HUGO





HUGO HABÍA EMPEZADO A ESCRIBIR un diario por aburrimiento. Por aburrimiento y por la traición de su amigo Lucas, si es que a ese se le podía llamar amigo. Ambas cosas estaban relacionadas.

Voy a intentar explicarlo.

Hugo y Lucas eran como uña y carne, inseparables. Además, tenían un montón de cosas en común: vivían en la misma calle, les gustaban los mismos juegos, los dos llevaban las rodillas descarnadas de tanto caerse y compartían un odio visceral hacia los gatos, vete a saber por qué. Más que amigos, parecían hermanos. Hasta tenían la misma estatura y se peinaban igual. Ninguno de los dos mandaba más que el otro; cuando uno decía: «Hay que hacer esto», el otro lo secundaba sin dudar-

lo. Y si no estaban de acuerdo en algo, hacían las paces y asunto olvidado.

Todas las tardes, después de salir del colegio, se juntaban en el parque que había frente a sus casas y se pasaban las horas jugando a mil cosas diferentes. Lo que más les gustaba era buscar conejos entre los arbustos. A eso lo llamaban: «Ir de caza mayor». También disfrutaban simulando que eran exploradores en la selva, astronautas en planetas hostiles y dinosaurios en la era mesozoica.

El problema surgió a raíz de lo del tesoro. Y eso fue idea de Hugo y de nadie más.

Un día que estaban jugando a los piratas, Hugo pensó que un bucanero que se preciase de serlo debía tener un tesoro. Así que le dijo a su amigo Lucas que tenían que hacerse con uno. Se pusieron a buscar a su alrededor concienzudamente, pero al principio lo único que encontraban eran latas de bebida y pañuelos sucios; nada especialmente interesante para un pirata. Pero al cabo de un rato, Hugo se percató de algo que brillaba en el suelo y desenterró un llavero con forma de calavera plateada, igualita que las de las banderas piratas.

—¡Esto sí que nos vale! —exclamó eufórico, pensando que lo de la calavera era una especie de señal.

Al ponerse el sol, cuando se marcharon a casa, su botín ascendía ya a cuatro buenas piezas: un mechero que funcionaba, unas tijeras herrumbrosas y una chapa con un balón de fútbol pintado, además del llavero de la calavera. No estaba mal para ser el primer día.

En días posteriores encontraron muchas más cosas y se hizo necesario guardarlas en algún lugar seguro.

Hugo se acordó del montón de trastos inservibles que sus padres bajaban al trastero y de los que nunca más se volvía a acordar nadie, y decidió dar una vuelta por allí. Curioseó entre las estanterías, donde se amontonaban los objetos desordenados, hasta que se topó con algo que le venía perfecto: una caja de latón que su madre había empleado para guardar utensilios de coser. Estaba un poco abollada, algo descolorida y oxidada, pero el pestillo seguía funcionando y su tamaño era ideal: lo suficientemente grande como para meter sus tesoros, y no tanto como para que fuese difícil de ocultar.

Le enseñó la caja a su amigo Lucas y le dijo lo que debían hacer: meter en ella todos los objetos que tenían guardados en casa y esconder la caja bajo tierra, en un lugar seguro que solo ellos conociesen. Lucas estuvo completamente de acuerdo. Escogieron el pie

de un árbol solitario en lo alto de la colina, lejos del camino. Justo antes de que se pusiese el sol, sellaron el pacto con un juramento solemne: nunca le dirían a nadie en qué lugar se escondía su botín, sería su secreto para siempre. Como colofón, se escupieron en la palma de la mano, se las embadurnaron de tierra y las apretaron con firmeza mientras se miraban a los ojos ceremoniosamente. Aquel era un compromiso inquebrantable, de acero.

Sin embargo, el solemne pacto entre piratas no duró ni una semana: al cabo de cuatro días, Lucas se encargó de hacerlo trizas. Guio alegremente a Lucía hasta el escondrijo y le enseñó todos y cada uno de sus tesoros: el mechero, las tijeras, el llavero... todo. Hugo tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para no echarse a llorar cuando vio a los dos corretear hasta el pie del árbol y sentarse una al lado del otro mientras cuchicheaban y profanaban aquellos objetos que él había enterrado tan orgulloso.

Sí, se lo había enseñado todo a Lucía, ¿a quién sino?

Lucía, la recién llegada a clase, la nueva, la niña de moda, la alta, guapa y rubia Lucía. Lucas se había enamorado a los dos segundos, pero eso Hugo no se lo

echaba en cara. Él mismo se había quedado un buen rato hipnotizado por aquella chica de mejillas rosadas, ojos grandes y sonrisa angelical. No era de extrañar que todas las niñas quisiesen ser su amiga y que todos la siguiesen y les pareciese bien cuanto se le ocurría. «¿Y si jugamos al escondite?», decía ella, y los demás: «Sí, sí, al escondite»; «Vámonos a los columpios», exclamaba, y todos: «Claro, claro, a los columpios». «Mi color favorito es el verde», confesaba ella, y alrededor se oía un coro: «Y el mío, y el mío».

No, lo que Hugo le reprochaba a Lucas no era que le gustase aquella niña, lo que no le podía perdonar era que le hubiese enseñado el tesoro, y sin consultárselo.

Como resultado de aquella traición, Hugo dejó de hablar a Lucas, y de esa manera comenzó el aburrimiento. Los dos niños volvían del colegio en solitario, se metían en sus casas y no salían al parque por no encontrarse el uno con el otro. Hugo se pasaba las tardes asomado a la ventana, viendo a otros niños jugar a gritos y pasárselo bien. Luego se sentaba en la cama y se ponía a leer un libro.

Pero al cabo de los días, y después de haberse leído todos los libros de su estantería, se le ocurrió que podría escribir un cuento, uno parecido a los que a veces

les pedía don Ramiro, el profesor de Lengua. Como no quería usar los cuadernos del cole, le pidió a su madre alguna hoja suelta, pero antes de que ella le diese lo que le había pedido, encontró por casualidad aquel bloc de notas olvidado y no dudó en agenciárselo.

—Ya está, mamá. No necesito nada —gritó antes de encerrarse con él en su cuarto.

Se sentó en su escritorio y, al instante, se acordó de la pluma que había tomado prestada de la casa de su tía Lola. Un bonito bloc como aquel se merecía un utensilio que estuviese a su nivel. Abrió la caja de madera y extrajo la pluma, cuyo tacto era suave y delicado. El tintero tenía una tapa de metal y, al abrirlo, Hugo descubrió, asombrado, que estaba lleno de tinta. Le pareció que era una gran suerte que no se hubiese derramado ni una gota. Pero aquello no tenía demasiada importancia ahora. Su cabeza bullía de fantasías, así que mojó la pluma en la tinta, dejó que esta rellenase el hueco que había en el cálamo y se puso a escribir.

Tuvo que acostumbrarse a ese nuevo utensilio. Desde luego, no era como un bolígrafo, pero comprobó que no era tan difícil de manejar como él se había imaginado.

«Había un niño que vio venir una nave espacial...», comenzó, pero... No, no era eso lo que quería escribir.

«Simón tenía un patín azul que le había regalado su abuelo y un día se cayó y se rompió...».

No, por ahí tampoco iba a ningún lado. Pero entonces, ¿qué quería contar en realidad?

Después de haber llenado de tachones la primera hoja del bloc, se dio cuenta de que su mente no paraba de darle vueltas a la traición de Lucas, así que pensó que poner aquellos acontecimientos por escrito podía ser una manera de sacárselos de la cabeza.

Sí, buena idea, iba a contar toda la verdad sobre aquel desagradable asunto. Escribiría un diario.

Pero como las historias a veces necesitan un prólogo para que se las pueda entender bien, Hugo decidió empezar por el principio, y para él eso significaba hablar de Lucas y del tesoro.

La primera entrada de su diario fue la del 12 de junio, que fue el día que encontraron el llavero de la calavera, y siguió hasta el 9 de septiembre, saltándose unos cuantos días en los que no había pasado nada especial o nada de lo que él se acordase. Pero al poner «9 de septiembre» en su diario, dejó la pluma en la mesa y se quedó pensativo un instante. Ese fue el día

que Lucía llegó al colegio y, en cierto sentido, por su culpa él ahora no tenía amigo y su tesoro había sido profanado. «Si las cosas hubiesen sucedido de otro modo...», pensó Hugo. Y a continuación recogió la pluma de la mesa, mojó la punta en el tintero y escribió lo siguiente:

Lunes, 9 de septiembre

Hoy hacía frío por la mañana. El viento soplaba con fuerza y las hojas de los árboles se me metían en los ojos. En el patio jugamos a la cadena y el profesor de Artes Plásticas nos dijo que podíamos hacer un dibujo para presentarlo a un concurso, y que al ganador le darían un premio. Lucas me enseñó sus cromos nuevos, y por la tarde paramos en el kiosco de la esquina y nos compramos chicles y gominolas.

El tesoro seguía enterrado donde lo dejamos la última vez. Ningún niño o niña nuevo se incorporó a nuestra clase. Seguíamos siendo los mismos de siempre...

Y cuando terminó de hacer sus anotaciones, cerró el bloc, lo dejó encima de su mesa y se fue a la cama a dormir.

Lunes, 9 de sept

Hoy había frío
fuerza y los
ojos. En el p
Artes Plást
para pre
darían
y por lo
compr

hugo



Los coeds

Torero



"Había un niño que vio venir
una nave espacial"
"Simón tenía un patín de l que le
río y se rompi

3

PARECE QUE ESTOY SOÑANDO



AL DÍA SIGUIENTE OCURRIERON una serie de cosas de lo más raras. Para empezar, a la abuela de Hugo le dio por desayunar tortitas con mermelada, huevos revueltos y zumo de naranja. Recordemos que a esta mujer no le gustaba nada desayunar y que se peleaba todas las mañanas con su hija por ese motivo. Cuando se terminó el zumo, buscó a su alrededor con desesperación y, aprovechando un despiste, le robó a la hermana de Hugo la tostada con crema de avellana que a esta le gustaba mojar en la leche. ¿Pero qué le pasaba a aquella mujer? Hugo no sabía si echarse a reír o chivarse a su madre. Al final, decidió hacerle otra tostada a su hermana y pasar por alto el incidente.